

EL VELORIO

Escrito por Alejandra Salgado Corpus

La lluvia cayendo a torrentes, el viento aullando y los relámpagos iluminando la oscura noche del 31 de octubre, enmarcaban la siniestra escena que se desenvolvía al interior de la antigua capilla del pequeño municipio de La Onda, lugar olvidado por Dios y sitio de infortunios y desgracias.

Don Manuel había muerto rodeado de misterio. El cuerpo que hacía apenas un par de días había sido encontrado tirado en su despacho con una mueca de horror, yacía ahora en un ostentoso ataúd donde parecía dormir, pero no en paz. La capilla habría estado vacía de no ser por 5 personas que acompañaban al occiso; a nadie parecía pesarle su partida. A pesar de ser el hombre más acaudalado de la comunidad, él no era querido entre los habitantes de La Onda, pues era bien sabido que don Manuel no era un hombre de bien.

Doña Blanca, la esposa y única testigo del hecho, estaba parada a un lado del féretro con la mirada perdida y el rostro pálido. No había pronunciado palabra alguna desde la noche en que encontró a su esposo. Su grito, que alertó a los vecinos y, éstos a su vez, a las autoridades, fue el último sonido que emitió desde entonces. El padre Antonio, o Toño, como le decían de cariño, brindaba palabras de consuelo a la viuda de mirada vacía que parecía no escucharlo.

Desde una de las esquinas de la habitación, cerca de la destartada puerta de madera, el detective Orduña vigilaba la escena, tomaba notas y las adjuntaba al resto de los papeles que recopilaban la investigación. A pesar de que el forense no había encontrado pistas que pudieran indicar homicidio, su instinto le decía que había algo más.

“Peculiar” pensó para sí mismo.

Al otro extremo de la habitación como si quisiera esconderse de los pocos asistentes, un hombre de aparente mediana edad, arrodillado y con la cabeza baja, rezaba frenéticamente y entre sollozos. El llanto y los lamentos de aquel hombre no parecían ser los de alguien que se encuentra destrozado por la inadvertida partida

de un amigo. No. Ante los perspicaces ojos del detective, ese hombre parecía llorar de... ¿miedo?

Se acercó con cautela y, sin otra opción más que interrumpir los rezos del hombre, le tocó suavemente el hombro.

— Fue ella. Ella vino por él. Deténgala. ¡Haga algo! — murmuró suplicante— Yo traté de advertirle a Manuel que no se metiera con ella, pero mi querido amigo no quiso escucharme.

El hombre dirigió su mirada hacia una de las bancas, muy cerca de doña Blanca y el padre Toño, donde una dama vestida de negro estaba de pie observando, perfectamente quieta.

Orduña se acercó ahora a la mujer. Llevaba la cara tapada y cuando le cuestionó su relación con el difunto, ni siquiera volteó a verlo. Su voz sonaba como la de una mujer joven y hermosa.

—Él llegó a mí hace 5 años buscando lo que todos los hombres buscan. Se lo di, ahora vengo por lo que me corresponde.

La misteriosa mujer parecía que no diría más y antes de que el detective pudiera hacer otra pregunta, comenzó a caminar hacia la viuda. Al escuchar los pasos, doña Blanca se giró y su cara se tornó en una mueca de terror, la misma con la que había encontrado a su esposo días antes y que la había dejado muda. Ella sabía lo que había hecho su esposo 5 años atrás.

Mientras se descubría la cara, la mujer de negro comenzó a recitar:

Cinco años entre triunfos y lujos pudiste gozar.

Un alma por cada año me habías de pagar.

La tuya y cuatro más me he de llevar.

No tiene caso gritar, he venido a cobrar.